

Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos

Lluís Oviedo Torró

Hace algunos años que se detecta con preocupación el declive de una de las instituciones más identificadas históricamente con el seguimiento evangélico radical y con la visibilidad eclesial: la vida consagrada. En realidad la crisis afecta también al sacerdocio, los síntomas son prácticamente los mismos, y la situación parece plantear serias dudas en torno a los proyectos de vida cristiana que reclaman un mayor nivel de entrega o de «redefinición vital», respecto del propio ambiente social. Tres son fundamentalmente los síntomas del mal que aflige a las opciones más radicales y conscientes de la vida cristiana: el abrupto descenso de las vocaciones jóvenes, el incremento de los abandonos, y la caída de los estándares de esa forma de vida, que en algunos casos ha sido percibida como escandalosa, tanto en el campo económico como en el sexual.

En los últimos años he estudiado las posibles causas y remedios en relación con el primer problema, la disminución de las entradas¹. Una primera percepción es que, a pesar de que las estadísticas muestran un des-

¹ LL. OVIEDO, «Strategie di sopravvivenza in un ordine religioso. Un esercizio di teologia empirica», *Antonianum* 77 (2002) 699-720; debería aparecer próximamente una versión en español en la revista *Verdad y vida*.

censo general en casi todas las entidades o congregaciones (si se parte, por ejemplo, de los niveles de los años 50), la crisis no afecta a todos por igual, especialmente si se tienen en cuenta los nuevos movimientos e iniciativas de vida evangélica radical. Se pone en evidencia que, incluso en sociedades muy secularizadas, hay quien logra reclutar vocaciones, mientras otros quedan atrás. Una primera conclusión es que puede haber factores internos a los grupos religiosos, que pesan en su capacidad de atraer nuevas levadas de jóvenes. Una tarea importante para los estudiosos de la vida religiosa es precisamente identificar dichos factores, verificar en qué medida influyen positiva o negativamente en la marcha de las órdenes y congregaciones –o bien en los seminarios diocesanos– y diseñar orientaciones de espiritualidad y de carácter práctico, que tengan en cuenta esos datos a la hora de replantear la trayectoria de la vida consagrada, o, como gusta decir a algunos, a la hora de «refundarla».

En los últimos meses he tratado de abordar el segundo problema señalado, siempre desde un punto de vista empírico, para buscar las causas o los factores que más influyen en las decisiones de abandonar la vida consagrada. Muchos tenemos la impresión de que asistimos en estos años a un cierto «rebrote» de la crisis, después de aquella primera gran oleada de salidas que se produjo en los años posteriores al Concilio Vaticano II. Sentimos que se debería hacer algo más para prevenir, o al menos, para limitar, este fenómeno tan negativo y desazonador para quienes intentan perseverar en un proyecto de vida evangélica hoy tan cuestionado y sometido a prueba.

Ciertamente no es la primera vez que se intenta abordar el problema. En el pasado se han publicado varios estudios, la mayor parte sobre una base empírica, que ofrecían buenos análisis sobre las causas y las razones que afectan a las crisis de fidelidad de los consagrados y de los sacerdotes. Haré referencia a algunos de esos trabajos, pues presentan aspectos iluminadores o señalan la continuidad de algunos problemas. Un ejemplo son las útiles tipologías que ofrecen algunos y que ayudan a ordenar la complejidad de los casos reales, que a menudo obedecen a causas diversas o plantean historias particulares no siempre asimilables a un mismo patrón.

Es importante también tomar en consideración los métodos de observación y estudio que provee la sociología empírica, al menos como un pri-

mer paso, que ofrece datos útiles para un análisis más teológico o espiritual. Trataré de exponer a continuación el método utilizado en la presente investigación –de modestas proporciones– para pasar después a un análisis de los datos y a interpretaciones de carácter interdisciplinar, que puedan interesar a los responsables de la formación y de otros niveles de la vida religiosa o sacerdotal.

La observación de los casos de abandono clerical

No es fácil recoger datos directos de ex-religiosos; quien ha dejado la vida religiosa y emprende una nueva forma de vida se desvincula a menudo de su anterior institución de pertenencia, y resulta fatigoso localizarlo y más aún entrevistarlo.

El método que se ha seguido ha sido indirecto: se ha interrogado a religiosos que han conocido de cerca casos de compañeros que han abandonado

*estos años estamos
asistiendo a un cierto
«rebrote» de la crisis*

sus respectivas órdenes en los últimos quince años. Este método presenta ventajas y desventajas: por una parte, la impresión de otros es a menudo más objetiva, evita las «estrategias de autojustificación», y mantiene una perspectiva desde dentro de la vida religiosa sobre las causas de la crisis. Obviamente se arriesga otro tipo de subjetividad, pues el entrevistado no puede ponerse completamente en el lugar del compañero afectado por la crisis, por mucho que haya conocido sus problemas. Toda forma de observación empírica tiene sus límites, y éste es uno –entre tantos– que hay que tomar en consideración.

En total se han recogido testimonios referentes a 184 casos de deserción, pertenecientes a varias congregaciones y órdenes. Dos tercios –más o menos– pertenecían a la Orden Franciscana (OFM), pues eran más accesibles, otro tercio proceden de diferentes entidades: jesuitas, capuchinos, dominicos, y hasta otra docena de pequeñas congregaciones. Los datos se recogieron en su mayor parte en Roma, pero también en España y en Inglaterra. En cualquier caso los testimonios se extienden a un ámbito internacional muy amplio, de entre unos 30 países.

En la mayor parte de los casos se procedió a una entrevista personal sobre la base de un cuestionario cerrado de 24 preguntas, pero concluyendo con la posibilidad de una narración abierta en la que el entrevistado ofrecía sus impresiones sobre las causas de aquella crisis particular. En cada entrevista se recogían una media de dos o tres casos.

Las preguntas del cuestionario intentaban aclarar los diversos aspectos que han podido influir en la decisión de abandonar; parecían relevantes en ese sentido datos como: la edad, el tiempo de profesión, los niveles de satisfacción, el tipo de actividad realizada, los niveles de oración y de vida comunitaria, las tendencias ideológicas, y, en particular, las causas inmediatas que han podido precipitar la crisis y el cambio de vida.

*no emerge ninguna evidencia que
conecte las deserciones con los
niveles de secularización
ambiental*

Además se analizaron las estadísticas que publica cada año la Orden Franciscana (OFM), en el periodo que va del año 1993 al 2002, calculando los porcentajes de abandonos en unas 50 Provincias durante ese

período, y confrontando los resultados con otros datos, como los factores de crecimiento vocacional (recogidos en una encuesta anterior), niveles de secularización ambiental y otros. La aplicación de métodos estadísticos ha ayudado a explorar mejor los datos obtenidos y a ofrecer pistas sobre la situación actual.

Una cosa más sobre el método. Al inicio se pensó extender la investigación a los casos de crisis entre los sacerdotes diocesanos, pero tras algunos intentos se abandonó esta variante. Una razón ha sido práctica: hay varios factores que plantean dificultades de asimilación entre un estilo y el otro, entre el religioso y el sacerdotal. La segunda es más ideológica: se ha hablado mucho en los últimos años de que la causa de la crisis sacerdotal se vincula a la obligación de observar el celibato, una teoría que ha difundido sobre todo Schoenherr². Para obviar dicho problema, que re-

² R.A. SCHOENHERR - L.A. YOUNG, «Quitting the Clergy: Resignations in the Roman Catholic Priesthood», in *Journal for the Scientific Study of Religion* 29-4 (1990) 463-481; R.A. SCHOENHERR, *Goodbye Father: The Celibate Male Priesthood and the Future of the Catholic Church*, Oxford Univ. Pr., Oxford - New York 2002.

fiere la crisis a medidas disciplinarias eclesiales, se ha considerado más justo fijarse sólo en los consagrados –sacerdotes o no– pues, al menos en teoría, en esos casos no se plantea el problema, en cuanto el celibato de los consagrados responde a una opción libre, a una vocación explícita, y no a una condición disciplinar un tanto impuesta. De todos modos, sigo convencido de que las diferencias entre ambos estamentos –sacerdotes y religiosos– en este campo son mínimas. Una encuesta del mismo tipo aplicada al clero diocesano nos ayudaría seguramente a clarificar este aspecto.

Análisis de los resultados

En primer lugar, el estudio se planteó –como suele hacerse en estos casos– a partir de una cuestión abierta y que ha motivado un amplio debate en la sociología de la religión actual: si la crisis de vocaciones se explicaba mejor dentro de la llamada «teoría de la secularización», o más bien en el marco de lo que se conoce como «Nuevo paradigma». En el primer caso, las deserciones se explicarían como consecuencia del amplio desgaste que afecta desde hace décadas a la dimensión religiosa, sea a nivel personal, o institucional y social. En definitiva se trataría de que la pérdida de valores religiosos, el desprestigio del celibato y la cultura del consumo y de la movilidad, afectan a un esquema de vida que proclama con intensidad el sentir religioso, la castidad, la moderación solidaria y la estabilidad. Por otra parte estaría la segunda teoría, para la cual las crisis de sacerdotes y consagrados se deben fundamentalmente a una «mala gestión» por parte de las instituciones que los convocan y reúnen. En este caso se registrarían graves fallos en la capacidad de motivar la continuidad, en los incentivos que se presentan, en la voluntad de proteger y nutrir las opciones realizadas con entusiasmo inicial. Es la perspectiva que han planteado Rodney Stark y Roger Finke en un capítulo de su conocido libro *Acts of Faith*.

¿Cuál de las dos teorías explica mejor la constante erosión que sufre la vida religiosa, a causa de la sangría entre sus filas? No estamos muy seguros, y esperamos que los datos recogidos nos ayuden a aclararlo.

Empezamos por la segunda teoría, es decir la que parte de la «opción racional» para entender los comportamientos y decisiones religiosas, y

tiene en cuenta la parte de la «oferta» en dichas dinámicas, es decir, la responsabilidad que corresponde a las organizaciones religiosas, más que a su ambiente.

Según los autores apenas citados, el declive vocacional que se experimenta en la Iglesia católica después del Vaticano II ha sido una consecuencia de los cambios teológicos promovidos por el ese Concilio, que han provocado una «*ratio* entre costes y beneficios que rápidamente cambió de positiva en negativa»³, lo que facilitaba la decisión de dejar los

*las deserciones no parecen
guardar relación con factores
de pérdida de niveles
religiosos, como es la vida
de oración*

compromisos asumidos y desanimaba a los posibles nuevos candidatos. Para estos autores, el problema central ha sido la pérdida de los «incentivos ideológicos» que apoyaban la perseverancia vocacional, y la hacían una «decisión

razonable». En palabras más pobres, la causa de la crisis ha sido que las ideas que se han difundido tras el Concilio en el campo de la teología o espiritualidad de la vida consagrada, han aplanado la distinción que tradicionalmente existía entre consagrados y laicos; una distinción que otorgaba a los religiosos un cierto «estatuto de excelencia» respecto de otros estados de vida cristiana, lo que tenía además un reflejo escatológico. El intento postconciliar de promover al laicado, y las tendencias más democratizadoras en el seno de la Iglesia, habrían acabado con cualquier noción de privilegio o de elitismo. Es lo que Max Weber llamaba los «virtuosos religiosos», que están presentes –como una especie de esquema dual– en todas las religiones evolucionadas. Pues bien, al caer dicha premisa, desde un punto de vista racional, parece que no tiene objeto –al menos para un hombre normal– afrontar mayores sacrificios y renunciaciones en una opción de vida célibe, si al fin y al cabo se va a obtener lo mismo que si se opta por una plena relación afectiva y por los gozos y fatigas de la vida familiar.

³ R. STARK – R. FINKE, «Catholic Religious Vocations: Rise and Fall», en *Acts of Faith: Explaining the Human Side of Religion*, Univ. of California Pr., Berkeley –Los Angeles– London, 2000, pp. 169-190; aquí: p. 179.

La tesis merece estudio, y exige más verificación empírica. En nuestro caso la evidencia acumulada es más bien débil. Como puede observarse en la tabla 1, en las orientaciones ideológicas de los ex-religiosos, se registra una diferencia de unos 25 puntos entre el grupo que mostraba una tendencia más progresista y el de orientación tradicionalista, descontando los indiferentes. Parece ser que los más progresistas han asumido una concepción más igualitaria y democrática, o menos elitista, de la vida religiosa, lo que sería una prueba –más bien débil– de la tesis de Stark y Finke. De todos modos hay otra explicación, y es que ese resultado simplemente refleja la demografía en la vida consagrada, donde hoy predominan más los progresistas.

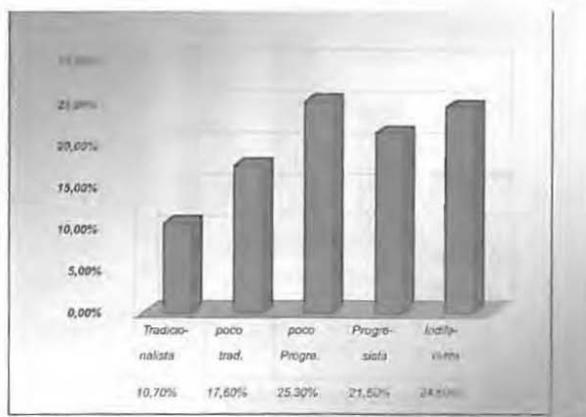


Tabla 1: Orientación ideológica entre los ex-religiosos

De todos modos la idea pierde plausibilidad cuando se toman en cuenta otros factores. El estudio estadístico de las salidas en las Provincias franciscanas muestra que éstas no guardan relación con los factores que sí pueden haber influido en los niveles de incremento de entradas, entre los que se cuentan: un nivel adecuado de rigor, un sentido conveniente de la propia identidad, preferencia por las actividades religiosas, certeza doctrinal, voluntad de expansión vocacional y estilo tradicional de devoción. La correlación se establece más bien con el número de frailes y sobre todo con el «coeficiente vocacional», o porcentaje de frailes en formación respecto del total de profesos; es decir, cuantas más vocaciones entran, mayor probabilidad de salidas. Un primer resultado es que los abandonos no tienen que ver tanto con las orientaciones ideológicas o los estilos de vida religiosa, sino con la simple demografía.

La situación tampoco encuentra explicaciones convincentes en el ámbito de la teoría de la secularización. Esta teoría prevé que en cuanto aumenta el efecto secularizador dentro del ambiente de los consagrados, se producirán más abandonos. Sin embargo, si nos atenemos a la tabla 2, las deserciones no parecen guardar relación con factores de pérdida de niveles religiosos, como es la vida de oración. Sorprende de hecho que, entre los que han dejado esa forma de vida, no se da mucha diferencia entre los que tenían buena o bastante buena vida de oración, y los que la vivían de forma menos buena; el margen es sólo del 10%, lo que no es muy significativo.

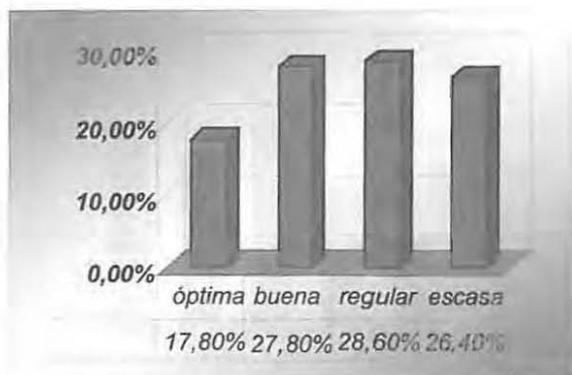


Tabla 2: vida de oración de los ex-religiosos

De este resultado cabe deducir una segunda consecuencia: se da una especie de «distribución del riesgo» de crisis, que afecta por igual a quien tiene escasa vida de oración que a quien la vive de forma más intensa, a los satisfechos y a los insatisfechos. Aunque el resultado pueda sorprender un poco, lo cierto es que tiene sentido, incluso teológicamente, como veremos.

También en este caso el recurso a las estadísticas de los Franciscanos (espero que puedan replicarse en otros institutos de consagrados) es revelador. En general no emerge ninguna evidencia que conecte las deserciones con los niveles de secularización ambiental. Por poner un par de ejemplos: las Provincias francesas han perdido en los últimos 10 años el 7% de sus profesos temporales y solemnes; mientras las Provincias polacas han perdido el 25,3% de vocaciones en el mismo periodo. Pero si nos atene-

mos a los indicadores de secularización social que provee la Encuesta Europea de los Valores (oleada 1999-2000)⁴, por ejemplo en lo que respecta a la importancia de Dios en la vida personal, Francia resulta mucho más secularizada que Polonia (el índice de importancia de Dios es respectivamente de 4,4 y de 8,4 sobre 10). Seguramente se registra una correlación entre dichos valores y las entradas vocacionales, pero no en relación con las salidas, que seguramente siguen una pauta distinta, más bien demográfica o relacionada con el crecimiento vocacional.

Merecen una consideración aparte algunas propuestas de explicación alternativas de la crisis que estudiamos. Una de ellas es la causa «psicológica», que considera una cierta asociación entre los abandonos y problemas de personalidad o de otra índole, como tendencias neuróticas, faltas de integración social, dificultades de relación... Si se observa la figura 3, donde se recogen las principales causas de cada crisis –para cada caso cabía señalar más de una– la proporción de los que, a juicio de nuestros informadores, presentaban ese tipo de problemas es de un 19,5%, incluyendo debilidad e inestabilidad psíquica, depresiones, dificultades para la vida común y problemas familiares.

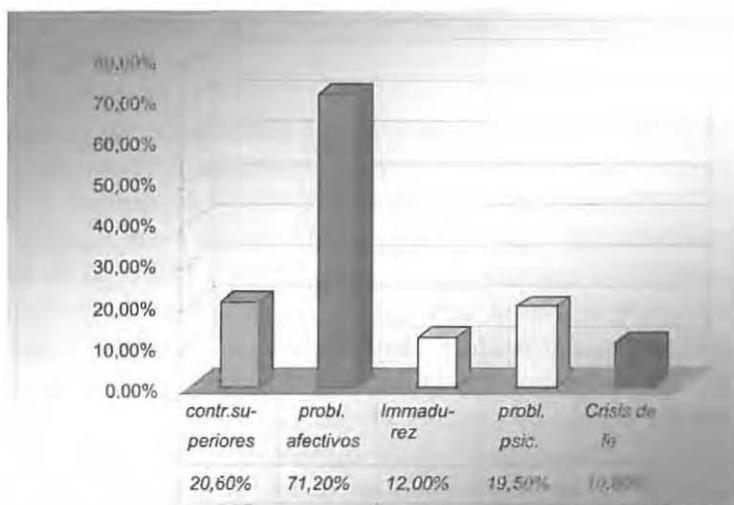


Tabla 3: Motivos de la crisis

⁴ L. HALMANN, *European Values Study: A Third Wave*, University of Tilburg, 2001.

Un resultado similar se registra en lo que respecta a la crisis de fe, que algunos observadores internos a la vida religiosa han señalado últimamente como el motivo de fondo que explica las deserciones. En nuestro estudio dicho motivo afecta sólo al 10,8% de los casos, lo que no confirma la hipótesis, a no ser que se entienda la fe en un sentido amplio, como actitud de incondicionalidad, que naturalmente se desmorona cuando alguien decide cambiar de rumbo vital. Llama la atención un número más alto de salidas que se remiten a contrastes insolubles del religioso con sus superiores: un 20,6%, lo que cabe asociar con un problema amplio en torno al sentido de la obediencia y de cómo es asumida en la vida reli-

la crisis afectiva

es la causa mayoritaria

de las salidas: afecta a más

del 70% de los casos

giosa actual. Lo cierto es que ese dato podría dar la razón tanto a los secularizadores, que entienden que el impacto de una cultura liberal y de la emancipación no deja espacio para la obediencia incondicional; pero también podría dar la razón a los de la opción racional, que entienden que la teología de la vida religiosa no ha sabido motivar ideológicamente ni reforzar prácticamente esa dimensión central de la consagración.

De todos modos, el dato que emerge de forma más clara, como cabía esperar, es el de la crisis afectiva como causa mayoritaria de las salidas; esta afecta al 71,2% de los casos, aunque a menudo se combina con otros factores: insatisfacción, que afectaba al 26% de los ex-religiosos, inestabilidad psicológica o contrastes con los superiores. Del total de los casos estudiados se revela además que el 44,5% están actualmente casados, y otro 15,7% están vinculados afectivamente con otra persona. Estas cifras nos conducen a una tercera conclusión provisional: que el problema fundamental sigue siendo de carácter afectivo, y que ahí debería concentrarse la atención. Es a ese respecto muy significativo que otros datos plantean un panorama bastante positivo entre los que abandonaron, y que la causa desencadenante fue ante todo afectiva. Aparte del dato de la oración, ya visto, sorprende que la mayoría de los ex-religiosos se sentían –de nuevo a los ojos de quienes les conocieron– satisfechos de su vida pastoral (65,5% contra un 34% de insatisfechos); mantenían buenas o muy buenas relaciones comunitarias (66%), e incluso un grado positivo

de afecto institucional (el 66,7% parece que se sentían muy o bastante ligados a sus Provincias). Por lo tanto, los resultados obtenidos confirman que en la mayor parte de los casos se cedió a la presión afectiva, pese a que no había otras razones aparentes para cambiar de forma de vida. Para completar nuestra lectura de los datos conviene tener en cuenta el factor de edad de las salidas, como se puede apreciar en la tabla 4.

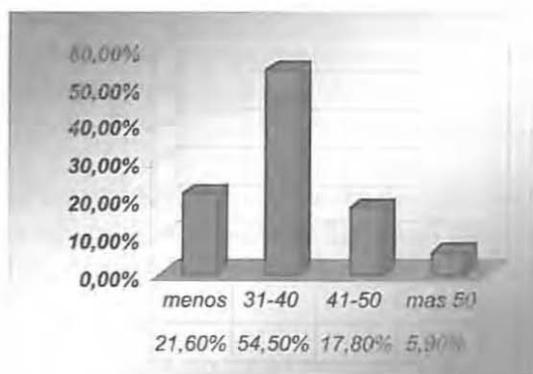


Tabla 4: Edades de abandono

El dato es claro y era previsible: la mayor parte de las salidas tiene lugar antes de los 40 años (el 76%), cuando los religiosos todavía tienen oportunidad de rehacer su propia existencia en un marco diverso, sea desde el punto de vista laboral o familiar. Este resultado refuerza la primera conclusión expuesta: las salidas siguen una pauta que no obedece ni al incremento de la secularización ni a factores que pueden reconducirse a la mala gestión o a la inadecuación ideológica de los Institutos religiosos, sino al elemento demográfico, es decir, a los porcentajes de jóvenes religiosos que acoge cada entidad. Por supuesto esta conclusión se vincula a la anterior: la crisis tiene que ver sobre todo con factores de índole personal, que no siempre llegan a «racionalizarse». En el caso mayoritario de la crisis afectiva, por ejemplo, cuando alguien se enamora, queda poco espacio para la «opción racional» (que constituye el axioma del Nuevo paradigma); se trata de una situación que invierte la escala de valores que presidía la cosmovisión del religioso y que servía como base para toda opción. En todo caso guarda una cierta apariencia de «racionalidad» el hecho de que la oportunidad de abandonar el esquema de consagra-

ción se plantee antes de una cierta edad, cuando se dan suficientes posibilidades de reorganizar la propia vida.

Posibles tipologías

Algunos han propuesto tipologías que permitan orientarnos ante los posibles escenarios de la crisis. Una de las más completas la ha ofrecido Merrienboer, a partir de su propia experiencia y del acceso a las causas de excomunión de muchos de sus hermanos dominicos⁵. A partir de esos datos identifica cinco grupos:

Los «aprovechados», o que han llevado una doble vida hasta el momento en que un superior los ha desafiado y les ha obligado a optar, o no han podido por una u otra causa mantener durante más tiempo dicha «ilusión».

Los «realizados», o que sienten que han logrado alcanzar la meta que se habían propuesto, pero una vez en el punto de llegada, se ven desmotivados para continuar, y buscan nuevas metas fuera de la vida religiosa o sacerdotal.

Los «nuevos fundadores», que se sienten insatisfechos ante la situación actual y tienen un proyecto propio para cambiar lo que no les satisface, pero no consiguen llevar a cabo su plan y se desmoralizan.

Los que «han perdido la esperanza», y se sienten desanimados ante la situación que viven sus propias entidades, lo que les lleva a buscar otro ambiente más radical o estimulante.

Los «insatisfechos» o que presentan problemas psicológicos de cierto alcance, lo que les obliga a cambiar de forma de vida si quieren recobrar su salud.

Desde el punto de vista que ofrece nuestra modesta investigación, es posible identificar todos y cada uno de esos tipos. Al escuchar las narracio-

⁵ E. van MERRIENBOER, «Of Those Who Leave Us: A Typology», in *Review for Religious*, Jarm. – Febr. (1997) 28-36.

nes libres que ofrecían los religiosos actuales sobre sus ex-compañeros, emergían casos muy afines con cada uno de esos tipos, pero mi impresión es que la mayor parte de las historias personales de crisis no pueden ser encuadradas en ninguno de esos tipos; de hecho siento que falta uno que marca más bien el *estándar* de los casos recogidos. El caso típico del religioso que decide cambiar su forma de vida, si se toma en consideración la media de las respuestas, es una persona de entre 30 y 40 años de edad; que lleva unos 5 a 10 años de votos solemnes o de sacerdocio; que no ha asumido cargos de responsabilidad; desarrollaba su trabajo en una realidad religiosa; no tenía otros estudios aparte de los teológicos; sentía un nivel de afecto por su Provincia religiosa bastante elevado; estaba satisfecho de su trabajo; hacía más o menos oración; atendía la vida común; era un buen compañero; y ha tenido problemas afectivos, se ha enamorado y se ha visto obligado a dejar su Instituto religioso para vincularse a otra persona y fundar una familia, evitando una situación de doblez de vida.

*la mayor parte de las salidas
tiene lugar antes de los 40 años
(el 76%)*

No siendo psicólogo ni estando en posesión de datos más precisos, me parece imprudente formular juicios sobre los motivos de fondo detrás de cada una de esas historias. No he visto nunca un documento de demanda de exclaustación o de reducción al estado secular, e ignoro si ofrecen información suficiente para deducir las motivaciones que señala la tipología de Merrienboer, aunque no es tan difícil encontrar casos que corresponden a los tipos señalados.

Indicaciones prácticas para la vida religiosa y sacerdotal

Los datos expuestos ofrecen conclusiones de tipo práctico que en general pueden resultar obvios. Arriesgaré algunas lecturas de los mismos en conexión con la actual sensibilidad en la vida religiosa, en especial como sugerencias a quienes tienen responsabilidades de gobierno y de formación.

En primer lugar, el problema fundamental es si las Congregaciones pueden hacer algo para frenar la sangría que están experimentando, o si, por

el contrario, la situación obliga a aceptar de forma resignada esos inevitables índices de «fracaso vocacional». Si la respuesta fuera positiva, tendríamos que volver sobre nuestros pasos para darle la razón a los sociólogos del Nuevo paradigma, que, como se ha dicho, sostienen que buena parte de la causa de las crisis no tiene que ver tanto con las condiciones ambientales, sino con la inadecuación de las instituciones religiosas o de su ideología. Si aceptamos, al menos en sentido hipotético, dicha posibilidad, creo que hay al menos tres orientaciones que habría que asumir, a partir de nuestros datos, y que podrían corregir un tanto la tendencia negativa registrada.

En primer lugar, la percepción de que se da una cierta «distribución del riesgo», o, en otras palabras, que nadie está inmunizado, debería conducir a superar las falsas seguridades que a veces están en la base de muchas crisis de carácter afectivo. Cuando un joven religioso o sacerdote se

*habría que asumir de nuevo
una visión teológica de la vida
religiosa más diferenciada
respecto de otros estados de vida
cristiana*

siente demasiado seguro o invulnerable, convencido de identificarse plenamente con su vocación, de vivir una intensa vida espiritual, o –peor aún– cree que ha integrado sus sentimientos y equilibrado sus afectos, es cuando

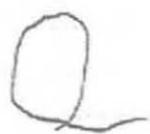
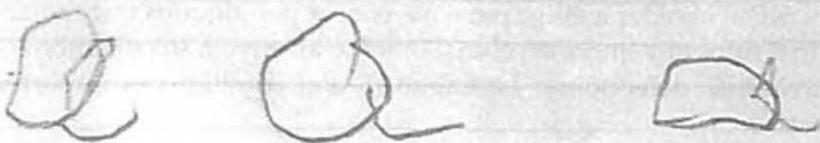
se suele «bajar la guardia» y se incrementa más el riesgo de cesión afectiva. Una sabiduría tradicional invita siempre a la prudencia y al reconocimiento de la propia vulnerabilidad.

Segundo, y abundando en lo apenas dicho, probablemente pueda hacerse más en el campo de la formación para los afectos y en la asunción de una antropología más realista de lo que ha venido siendo la norma. Sé por experiencia que la formación afectiva ha venido siendo la asignatura pendiente en muchos esquemas formativos, o, todavía más grave, ésta se ha orientado a partir de nociones psicológicas francamente contraproducentes. Existen demasiados ejemplos concretos. El realismo antropológico al que me refiero debería nutrir más bien un sentido de prudencia en las relaciones afectivas, sobre la base del conocimiento de nuestros propios límites, o de la incapacidad de «gestionar totalmente» nuestros sentimientos, sobre todo cuando se supera un cierto umbral. Basta una

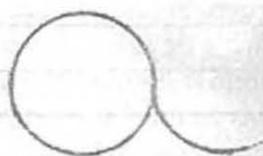
poca divulgación biológica al respecto para abatir ciertas visiones idealistas de las capacidades personales. Dicho esto, creo que hay que advertir contra la tendencia opuesta, es decir, la que en nombre de la prudencia apostaría por el aislamiento afectivo. No tengo datos, pues resulta muy difícil acceder a ellos, pero me consta por algunos testimonios, que los Institutos que imponen el aislamiento afectivo a sus miembros sufren todavía más defecciones. La sabiduría del equilibrio es importante en este caso.

Y tercero, creo que habría que asumir de nuevo una posición teológica en la vida religiosa más diferenciada respecto de otros estados de vida cristiana, y en grado de reivindicar la excelencia de la misma, incluso a través de signos visibles. No es fácil probar hasta qué punto incide este «factor ideológico»; la evidencia encontrada es más bien débil; pero merecería la pena probar, para ver hasta qué punto una conciencia de mayor autoestima hacia la propia opción religiosa o sacerdotal puede prevenir las tendencias al cambio de vida. En teoría sí, pues la falta de sentido de excelencia probablemente justifique pasar a otro estado, sin perder demasiado. De todos modos tal «ajuste teológico» seguramente quedaría sin efecto si no se tienen en cuenta las otras dos indicaciones.

A pesar de lo dicho, podría ser que el ritmo de abandonos siga una pauta «natural», y por tanto inevitable, de «selección», como ocurre en todo proceso evolutivo natural o social: se producen variaciones, pero sólo son seleccionadas aquellas más aptas para cierto ambiente, el resto se extinguen. Si fuera ése el caso, y tuviéramos que aceptar un factor demográfico o de selección natural de las vocaciones, habría poco que hacer, sino confiar en que, al menos, queden «los mejores». Esa expectativa es quizás ya mucho, en especial cuando hay superiores que se quejan de que el problema no lo plantean sólo los que se salen, sino los que se quedan que deberían irse. De todos modos, si éste fuera el caso, es decir, en la peor de las hipótesis, lo que habría que actuar es más bien en el campo del reclutamiento, donde parece que sí es más fácil adoptar estrategias de incidencia positiva, conscientes de que un 15-20% nos dejarán tras algunos años; pero ciertamente, ése será un mal menor si contamos con un –pongamos por caso– 18% de coeficiente de ingresos. ■



Con tu colaboración
ayudas a que muchos niños
tengan una educación.



113 millones de niños no van a la escuela.

Gracias a ti podrán hacerlo y con tu esfuerzo podrán tener un futuro digno. En Entreculturas llevamos 50 años haciendo posible que los más desfavorecidos tengan una educación de calidad. Porque la falta de educación significa la falta de oportunidades.

Si quieres colaborar infórmate en el 902 444 844 ó en www.entreculturas.org

